

## A manera de prólogo

Adolfo Marsillach

Pedro Manuel VÍllora ha bajado a los infiernos. Es una tentación casi irresistible en la que caen -por favor, utilicemos el verbo en su sentido meliorativo- casi todos los escritores. O el abismo está en los otros (Sartre) o en nuestra propia destrucción (Rimbaud). En cualquier caso, la autopsia del yo nos fascina. No se trata sólo de averiguar qué hacemos aquí, sino si merecemos el castigo de haber llegado. En otras palabras: ¿qué hemos hecho para descender tan bajo? ¿Quiénes somos? ¿Qué animal nos ha engendrado tan abrumadoramente hostiles? Y, sobre todo, ¿a quién hemos de parir con salvaje entusiasmo? A estas elementales preguntas intenta responder el autor de "Bésame macho" con geométrica desesperación.

Debo confesar que la obra me atrapó antes de iniciar su lectura. Tal vez fuese la brutal agresividad de su título. Quizás la provocativa desnudez -la no existencia- de acotaciones. El escritor se niega a describir el espacio en donde va a desarrollarse el invisible argumento y pasa de una cita de Néstor Lombida a la iniciación del diálogo entre dos personajes que llevan nombre de mujer, aunque puede que no lo sean. ¿Dónde estamos, si es que estamos en alguna parte? Ciertas frases del texto parecen sugerir un imaginario bar o café. Tal vez me equivoque. Puede que todo sea una trampa para que el autor se divierta con mi equivocación. ¿Quiénes son los clientes de este intangible lugar sin mesas, sin sillas y sin lámparas? Tampoco hay camareras detrás de la barra sirviendo inadecuadas bebidas. Ni un caballero leyendo el diario frente a una ventana. Ni una señorita con las piernas entreabiertas esperando o temiendo una improbable violación. Nada. Nadie. Sólo dos personajes que, con un poco de suerte, aspiran a ser personas. Y que hablan, se hurgan y se interrogan -como advierte el autor- "innecesariamente". Algo huele a puerta cerrada en la atmósfera hasta hacerla casi irrespirable. Quizás la llave de esa puerta la tenga Samuel Beckett. O Harold Pinter. O Genet, sobre todo Genet, que se la metió en un bolsillo para perderla en algún tugurio marineru jugándosela a los dados con Koltès.

Pedro Manuel Vállora se sitúa y nos sitúa en el inquietante mundo de la ambigüedad. No sólo en la sexual -eso sería obvio- sino en la esencial. ¿Existen sus dos protagonistas? Y, en caso negativo, ¿sería imprescindible que existieran? No importa. Lo determinante es que hablan insistentemente y sus palabras transforman los objetos convirtiéndolos en ideas. Un sutil caso de travestismo que huye de la propia evidencia del tema que afronta. Vállora sabe que la buena literatura sugiere pero no explica. Por eso huye continuamente y, cuando parece que va a decidirse a contarnos el secreto de Helena y Clara, se refugia en la repetición de las situaciones -¿a la manera de Robbe-Grillet en "El año pasado en Marienbad"?- para mantener el misterio de lo que debería ocurrir, pero no ocurre. Es una técnica de la que resulta imposible desprenderse y que mantiene al lector en un arriesgado equilibrio. Porque uno quisiera conocer más, averiguar más, comprender mejor. Pero Pedro Manuel Vállora no quiere, porque ha crecido -como yo- en el territorio de lo enigmático y acepta que la Esfinge no conteste porque carece de respuestas. El autor insiste: todos interrogamos innecesariamente mientras mantenemos una indagación innecesaria. ¡Quién sabe si por este motivo se hace necesario conocer esta obra!